

**INGMAR
BERGMAN**

RETABLO DE LOS DÍAS DE LA PESTE

**ALBERTUS
PICTOR**

LA MUERTE JUEGA AL AJEDREZ
Y OTRAS ESCENAS MEDIEVALES

**HJALMAR
BERGMAN**

LA LLEGADA DEL SEÑOR SLEEMAN

MISHKIN EDICIONES

DETRESENTRÉS
COLECCIÓN MISHKIN DE NARRATIVAS

Títulos originales de este volumen:
Trämålning (1954), *Herr Sleeman kommer* (1931)

Publicados por:
Mishkin Ediciones, S. L.
Calle Cervantes, 14. 28014 Madrid
www.mishkin-ed.es
mishkin@mishkin-ed.es

© Ingmar Bergman 1954. Publicado mediante acuerdo con Hedlund Agency AB. © De la traducción de *Trämålning*: Francisco J. Uriz. © De la traducción de *Herr Sleeman Kommer*: Marina Torres. © De las imágenes de la iglesia de Täby: Täby församling / Christina Dagberger (Suecia). © De las imágenes de la iglesia de Enköping: Svenska kyrkan Enköping / Ida Bjurström (Suecia).

ISBN: 978-84-942189-7-2
Depósito Legal: M-22070-2018

Diseño de cubierta: KEN, Mutilva Alta (Navarra)
Diseño de la colección: Nacho Urbina (Madrid)
Ortotipografía: Vanesa G. Cazorla
Producción: Calamar Edición & Diseño
C/ Gran Vía, 69. 28013 Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Ingmar Bergman

Retablo
de los días de la peste

Trämålning
Moralitet

Traducción: Francisco J. Uriz





PERSONAJES

LA JOVEN

JÖNS

EL CABALLERO

LA BRUJA

EL HERRERO

MARÍA

EL ACTOR

LISA

KARIN

NARRADOR (LA MUERTE)

NARRADOR En una iglesia del sur de Småland está pintada nuestra pieza en un muro, a la derecha, inmediatamente después de pasado el atrio. La pintura data de finales del siglo XIV, y el motivo está desarrollado bajo la impresión de una peste que justo entonces hacía estragos en esa región y en las colindantes. El artista es desconocido. Por tanto, he llamado a la pieza *Retablo de los días de la peste* y sigue a grandes rasgos la narración de las imágenes que comienza en los pequeños tragaluces del atrio donde el sol brilla sobre un paisaje todavía verde; y termina en el interior, a cuatro metros de la entrada, en el oscuro rincón donde tienen lugar los últimos acontecimientos en un amanecer grisáceo y cargado de lluvia...

LA JOVEN No se puede pasar.

JÖNS Como tú apenas puedes saber quiénes somos, te perdono.

LA JOVEN No puedo hacer nada, pero está prohibido cruzar la frontera.

JÖNS ¿Y por qué no viene tu padre o tu hermano o tu marido o tu señor y nos dice que está prohibido?

LA JOVEN Mi hermano está enfermo. Mi padre no ha vuelto de la guerra. Mi marido murió hace tres días.

JÖNS Voy a entrar a cambiar unas palabras sensatas con tu hermano. Seguro que él nos reconocerá tanto a mi señor como a mí.

LA JOVEN No entres.

JÖNS Comprendo tu inquietud. Mi señor y yo andamos polvorientos, sucios y con las ropas hechas jirones y no vamos a caballo. Pero no por eso somos unos malhechores.

LA JOVEN Tenemos la peste.

JÖNS ¡Oh, oh! Eso no está nada bien. Es asqueroso... es, por no decir algo peor, desagradable.

LA JOVEN No puede pasar nadie. No hay ayuda posible ni excusa. ¿No notas olor a quemado? Flota sobre el bosque desde esta mañana.

JÖNS Sí, ahora que lo dices, noto que algo me pica en la nariz.

LA JOVEN Esta mañana quemaron a una bruja en el cruce de caminos. Pensaban que era la causante de la peste. Por cierto, reconoció que había tenido contacto carnal con el Oscuro.

JÖNS ¡Bueno, bueno! ¡Entonces todo está en orden! A esas malditas brujas hay que tenerlas bien vigiladas, no sea que provoquen la peste con sus conjuros o que preparen alguna cabronada.

EL CABALLERO (*a distancia*) ¡Vámonos ya, Jöns, y deja de decir tonterías!

JÖNS Mi señor quiere que sigamos camino.

LA JOVEN ¿Cómo se llama tu señor?

JÖNS Se llama Antonius Block y es señor tuyo tanto como mío. Diez años hemos estado en Tierra Santa dejando que nos mordiesen las serpientes, que nos picasen los insectos, que nos clavasen los dientes las fieras, que nos matasen los infieles, que nos envenenase el vino, que las mujeres nos empiojasen, nos comiesen las chinches y las fiebres nos descompusiesen, todo en honor del señor Dios.

EL CABALLERO (*a distancia*) ¿Tengo que azotarte para que cierres el pico?

JÖNS Ahora me lanzas pullas a mí, señor. Pero en verdad tengo razón. Nuestra cruzada fue tan estúpida que sólo se le pudo ocurrir a un idealista. Adiós, hija mía, el caballero y yo carecemos de medios para pagarte tus informaciones, pero considera que tienes un crédito hasta que nos veamos en el cielo, si algún día llegas allí.

(Se van en silencio. Suave música.)

LA JOVEN Deberían obedecer, dar la vuelta, ir por los países sanos. No han visto los ojos de los contagiados, sus manos, la sangre que espumajea por narices y bocas. No han visto el forúnculo bajo el cuello del enfermo, cada mañana más grande que la víspera, ni el agua ni el pus que brota de él. En algunos llega a hacerse tan grande como la cabeza de un niño, y los cuerpos de los enfermos se juntan y se encogen en torno a la hinchazón de forma que las extremidades se hacen como cuerdas. Tratan de arrancar el forúnculo de su lecho, se destrozan a mordiscos las manos, se desgarran las venas con las uñas, sus gritos revientan las nubes. Así que danzan sobre el suelo, en las camas, en los prados, y caen, jadean, mueren en las cunetas, en las cuadras, en las granjas, junto al río, en los fogones. La gente huye de los pueblos contagiados, marchan camino del interior del país y todo el tiempo los persigue una sombra, un señor muy severo.

(Silencio. Los pasos se detienen.)

JÖNS Pobre Jöns, qué oscuro está el bosque aunque el sol apenas se ha puesto. Tengo un gran cangrejo entre las costillas que me oprime el corazón. ¿Y si tratase de cantar una cancioncilla? «En el mar nadan los peces | allí se mecen espléndidos navíos | aquí mueren como moscas poderosas personas inteligentes.» ¿Tienes miedo, Jöns? No. ¿Tienes miedo, pequeño Jöns? No. ¿No tienes miedo alguno, mi pobre pequeño Jöns? Sí, tengo tanto miedo que en cualquier momento se podría producir un accidente si el estómago no estuviese tan vacío como la

eternidad. *(Pausa.)* ¿Quién eres tú, hermosa joven? ¿No tienes miedo a la oscuridad?

LA BRUJA ¿Puedo ir con vosotros?

JÖNS Mi señor y yo tenemos la intención de descansar ahora. Venimos andando desde Tierra Santa y estamos algo cansados, ¿lo entiendes, no?

LA BRUJA Entonces descanso yo también.

JÖNS Como quieras. ¿Vienes conmigo detrás de esos arbustos?

LA BRUJA ¿Por qué iba a hacerlo?

JÖNS Podríamos recoger arándanos, por ejemplo. ¡Hace tanto tiempo!

LA BRUJA Si usted supiese quién soy no me propondría coger arándanos ni ninguna otra cosa.

JÖNS ¿Quién eres, pues, si se me permite la pregunta?

LA BRUJA Soy la bruja que quemaron esta mañana ahí, en el cruce de caminos.

JÖNS Entonces no deberías estar aquí porque estás muerta.

LA BRUJA Claro que estoy muerta.

JÖNS Entonces eres un fantasma y yo no creo en fantasmas, así que tú no existes, por tanto, no puedes estar ahí sentada molestándonos a mí y a mi señor, siempre que no estemos, también nosotros, muertos y convertidos en fantasmas. Si es así, entonces ya no sé cómo coño son las cosas y entonces mando todo a la mierda y ya no digo una palabra más hasta el día del Juicio Final.

LA BRUJA Tu señor y tú, ¿acaso estuvisteis en la ejecución?

JÖNS ¡No, por desgracia, no! Estábamos en el extranjero.

LA BRUJA Ya de mañana, dormí un ratito, pero casi de inmediato me despertaron los gritos de la gente que estaba delante de la cárcel. Tuve miedo y me eché a llorar, pero no me sirvió de nada, porque todo estaba ya decidido. Trepé hasta el ventanuco y miré al patio. Allí habían llevado el carro en el que me iban a sacar de allí. El cura también había llegado, pero no logré ver si



© Svenska kyrkan Enköping / Ida Bjurström (Suecia)

estaba también el verdugo. El sol estaba a punto de salir, no había una sola nube en el cielo, estaba completamente limpio. Yo estaba colgada mirando a la gente y empezaba a distinguir sus rostros, y sus voces penetraron en mis oídos, eran como siniestros gritos de pájaros... Y entonces me miré las manos, que se mantenían agarradas a los salientes del muro, y vi que tenía las uñas negras de sangre y rotas, pero los nudillos blanqueaban, tenía toda mi fuerza intacta. Entonces se oyeron voces en el corredor y se abrió la puerta, y yo me caí del muro y me quedé con la frente apoyada en los toscos tablones que hedían a paja podrida. Se inclinaron y me agarraron por la cintura, y me tiraron de los hombros y me pusieron una anilla de hierro con una cadena en el cuello, y tuve frío, tenía tanto frío que no podía hablar, no podía gritar, no podía andar. Pero tiraron de mi collar, de manera que tuve que seguirlos. Me arrastraron bajando unas escaleras de piedra y luego por un largo corredor; cada vez que me caía estaba a punto de asfixiarme. Me arrastraban por la cadena del cuello, pero no me tocaban el cuerpo, como los otros guardianes. No se reían ni bromeaban conmigo como los que me habían rapado, estaban silenciosos y angustiados, tiraban de la anilla del cuello y tenían miedo. Sabían que él me seguía, agarrado a mi falda. Entonces se abrieron las puertas y el sol me dio en la cara, y fue como un grito en el sol, y el viento matutino levantó arena y la arrojó a nuestras caras.

Yo iba sentada en el carro, de espaldas, amarrada de tal manera que tenía que llevar la cabeza pegada al pecho, y cuando el carro daba tumbos por el camino, sentía dolor porque el hierro me hería el cuello, pero yo no gritaba. El dolor vino en mi ayuda, las piedras del camino vinieron en mi ayuda, el crujir de las ruedas vino en mi ayuda, no había nada delante de nosotros ni nada detrás. Cerré los ojos y el sol ardía en olas rojas atravesando mis ojos y yo oía las pisadas de cientos de pies, el polvo del camino se levantaba como una humareda, yo notaba cómo respiraban las gentes que me rodeaban, cómo batía su pulso, cómo sus ojos se abrían despavoridos. Pero todos estábamos en silencio.

... ..

Hjalmar Bergman
La llegada del señor Sleeman

Traducción: Marina Torres

PERSONAJES

TÍA BINA

TÍA MINA

ANNE-MARIE

EL CAZADOR

EL SEÑOR SLEEMAN

Escenario: habitación en un ático.

Al fondo, una ventana bastante grande, a través de la cual se ven tejados y chimeneas; a lo lejos, un bosque azulado.

La habitación es la sala de las dos viejas señoritas y está por lo tanto llena de toda suerte de objetos de adorno, baratijas, mesitas, pedestales, etc., todo ello con aspecto más o menos detestable y sobre todo la combinación de colores. Cuando se alza el telón sin embargo tanto los muebles como los adornos están tapados con fundas de rayas blancas y azules. Gracias a ello la habitación resulta más sencilla y limpia, especialmente el techo inclinado y el tapizado de las paredes, azul claro, que hace juego con las fundas. Los trajes de ambas ancianas, de telas sin gusto, están igualmente cubiertos por delantales de rayas azules y blancas durante la primera parte de la pieza. El traje de ANNE-MARIE es siempre el mismo, un vestido de algodón de cuadros azules y verdes de corte bastante infantil.

Es una tarde de finales de verano. La puesta del sol proporciona a la habitación, orientada al oeste, una luz hermosa y delicada.



Anna-Marie (Bibi Andersson), tía Bina (Naima Wifstrand), tía Mina (Jullan Kindahl), en la producción de I. Bergman para la SVT, abril 1957. © SVT Bild

Tres puertas, dos más pequeñas, bajas, blancas, una a cada lado del proscenio, y otra más grande, en la pared más alta, al fondo. Es la puerta de entrada.

Los muebles se colocan como se prefiera. En la pared de la derecha, entre las dos puertas, hay un reloj de pie de Mora también tapado, pero en marcha. En mitad del escenario, bastante cerca del proscenio, un grupo consistente en dos grandes butacas Emma y una mesa cuyo tablero redondo mide unos setenta y cinco centímetros de diámetro.

Cuando se alza el telón las dos ancianas están sentadas en las butacas. MINA borda, BINA teje unas medias que tiene en el regazo; está ocupada leyendo por tercera o cuarta vez una carta cuyas líneas sigue con la aguja de calcetar.

MINA (*bordando*) ¡Quién lo iba a decir!

BINA (*leyendo*) Sí, ¡quién lo iba a decir!

MINA ¡Qué felicidad!

BINA Sí, ¡y que lo digas!

MINA ¡Y tan joven!

BINA Una niña.

(*Pausa corta.*)

MINA (*deja caer la labor despacio*) Pero imagínate... hermana Bina...
si nosotras le pidiéramos...

BINA (*la mira fijamente por encima de las gafas, seca*) Si nosotras ¿qué?

MINA (*tímidamente*) Si nosotras le pidiéramos que esperase un año.
Ella es demasiado joven.

BINA (*con acritud*) Una muchacha nunca es demasiado joven para
ser feliz. De que puede hacerse demasiado vieja, de eso hay
ejemplos, desde luego.

MINA (*suspirando*) Sí... desde luego.

BINA Un año es muy largo. Nunca se sabe lo que puede pasar.

(*MINA suspira.*)

BINA Una chica joven está expuesta a muchas tentaciones. ¿Qué
pasó con nuestra hermana Mathilda?

MINA (*afligida*) ¡Oh, no hables de eso, no hables de eso!

BINA (*con acritud*) Pues deja de hacerlo tú.

(*ANNE-MARIE asoma la cabeza por la puerta de la izquierda.*)

ANNE-MARIE ¿Es seguro? ¿No deben ser cuatro tazas?

BINA (*severamente*) Te he dicho tres tazas, niña.

ANNE-MARIE ¿Del juego bueno?

BINA Del mejor juego.

(*ANNE-MARIE se va.*)

MINA (*con una risita suave*) Ahora sí que está muerta de curiosidad.

BINA (*seriamente*) Tiene motivos para sentir curiosidad. (*Mete la carta en el sobre, le da unos golpecitos solemnemente con la aguja de calcetar.*)
Aquí, Mina hermana, tenemos la felicidad de Anne-Marie.

MINA Sí, quién lo iba a decir... en un sobrecito. Déjame ver. (*Coge la carta, la estudia y la buele.*)

ANNE-MARIE (*asoma la cabeza*) ¿Hay que poner pastas de todas clases?

BINA (*solemnemente*) De todas clases.

MINA (*alarmada*) ¡Pero no demasiadas!

BINA Tres de cada clase.

(*ANNE-MARIE sale.*)

MINA (*señala la carta soñadoramente*) ¡Qué letra tan firme y tan varonill!

BINA (*hace punto, secamente*) No la ha escrito él.

MINA (*desilusionada*) ¡Oh! ¿No la ha escrito él?

BINA No, sufre de calambres al escribir.

MINA Bueno, con su posición, eso no importa. No necesitará escribir ni una sola palabra.

BINA Sólo su nombre. Y lo hace con un sello.

MINA (*al cabo de una corta pausa, con timidez*) ¿Y lo otro, entonces?

BINA (*secamente*) ¿Qué otro?

MINA ¿Lo de la pierna?

BINA (*concisa*) Eso es otra enfermedad.

MINA (*con un leve suspiro*) Ya, y tampoco necesita andar mucho.

(*ANNE-MARIE entra con una pequeña bandeja de café que deja en la mesa.*)

ANNE-MARIE (*alegremente*) ¡Pero bueno! ¿Vamos a tomar café en el salón un día de diario? Y con el mejor servicio y toda clase de pastas. No, no. Yo creo que va a venir alguien.

(*Las dos ancianas se sonríen misteriosamente. ANNE-MARIE coge una silla y se sienta detrás de la mesa con la cara hacia el proscenio.*)

BINA (*mientras tanto*) Tienes razón, Anne-Marie. Va a venir alguien.

ANNE-MARIE ¿Esta noche?

BINA No estaría muy bien visto.

MINA ¡Uy, uy!... Un hombre a estas horas.

ANNE-MARIE (*sorprendida*) ¿Es un hombre?

BINA (*corrigiendo*) Un señor. Sirve, Anne-Marie. Dos terrones para mí.

MINA Y tres para mí.

ANNE-MARIE (*sirviendo*) ¿Le conozco yo?

BINA Es posible. Sí, sí, lo has visto. Y nos has oído a nosotras hablar de él, en muy buenos términos por cierto. En tiempos fue el tutor de tu pobre madre y su único apoyo.

ANNE-MARIE (*asiente tranquila*) Ah, es un señor mayor.

BINA De mediana edad. Sin él, tu desgraciada madre habría caído aún...

ANNE-MARIE ¿Cómo se llama?

BINA (*con solemnidad*) Señor Sleeman.

MINA (*emocionada*) Ya está dicho.

ANNE-MARIE (*recordando*) Sí, sí... ya me acuerdo. Me acuerdo de él, tía.

MINA (*conmovida*) Fíjate, se acuerda de él. Es un buen presagio.

ANNE-MARIE (*se levanta corriendo hacia delante de la mesa*) ¿No es ese que anda así? (*Imita el andar rígido y molesto de un enfermo que padece de tabes dorsal.*)

MINA (*con una leve sonrisa*) Bastante parecido.

BINA (*severamente*) ¡Anne-Marie! No se imita a un enfermo.

ANNE-MARIE (*asustada*) ¿Está enfermo?

BINA (*algo molesta*) Enfermo, no. Pero delicado.

ANNE-MARIE (*de vuelta en su sitio*) ¡Pobre!

BINA Precisamente por eso necesita apoyo y tiernos cuidados. Nos escribe y dice...

MINA (*alterada*) Se enfría el café.

BINA (*revuelve, levanta la taza*) Vamos a brindar por ti, querida Anne-Marie.

MINA Sí, brindemos.

ANNE-MARIE (*sonriendo*) ¡Qué raras estáis esta noche! ¡Salud!

BINA Y ahora vas a oír su carta.

ANNE-MARIE ¿Es que se refiere a mí?

BINA Se refiere a ti. (*Lee.*) Muy estimada señorita Bina, apreciada señorita Mina...

MINA (*sonriendo*) Apreciada dice...

BINA (*cortante*) Muy estimada tiene el mismo valor. No me interrumpas. (*Lee.*) En respuesta a su respetable escrito con fecha del veintiocho del pasado mayo, me dirijo a ustedes para comunicarles que he sometido las quejas en ella expuestas a un minucioso y benevolente estudio. (*Hace un inciso.*) Es que yo le escribí quejándome de nuestras precarias circunstancias. Y contesta... (*Lee.*) Mil doscientas coronas no constituyen en verdad un medio de vida abundante para tres personas, incluso cuando son mujeres solteras con pequeñas y discretas pretensiones.

ANNE-MARIE Pero si vivimos bien...

BINA (*cortante*) ¡Vaya! ¿A ti te lo parece? No me interrumpas. (*Lee.*) Aunque he estudiado detenidamente el asunto desde todos los puntos de vista, no veo ninguna posibilidad de aumentar sus ingresos. (*MINA suspira profundamente.*) Queda, pues, pasar a tomar en consideración cómo podrían disminuir sus costes de una manera digna. Creo haber encontrado esa manera. No deben de ignorar ustedes que, en los últimos tiempos, mi salud ha dejado bastante que desear. En tales circunstancias, empiezo a sentir opresiva la soledad de la soltería, y con este motivo he decidido buscar una compañía tierna y fiel para el tiempo que me reste de vida.

... ..

Albertus Pictor

La muerte juega al ajedrez
y otras escenas medievales



Albertus Pictor

Albertus Pictor (1440-1507) es el nombre en latín, con el que solía firmar sus obras murales el pintor sueco Albrekt Målare. Había nacido en Immenhausen, en el principado de Hesse (Alemania), por lo que fue conocido inicialmente como Albertus Immenhusen. Pudo trabajar en su país natal en el taller de maestros como Martin Schongauer (*ca.* 1435 y 1450-1490), el maestro E.S. (documentado entre 1450 y 1466) o el Housebook Master (entre 1470 y 1500). Aunque en su trabajo futuro pueden reconocerse estas influencias germanas, Albertus Pictor nunca hará una copia servil de los estilos precedentes.

La primera fuente sueca que se refiere a él es de 1464, y lo registra como vecino de Arboga (Västmanland), con el nombre de Albrekt Målare. Está documentado su matrimonio con la viuda de otro pintor, Johan Målare, ocho años más tarde. Trabajando en el taller de éste en Estocolmo, pronto se convirtió en el más prolífico de los pintores murales de su tiempo, y en el de más éxito también. Entre 1501 y 1507 Albrekt Målare pagó más impuestos que ningún otro pintor sueco de su tiempo.

Son unas 35 iglesias con pinturas al fresco las que se le atribuyen. En diez de ellas podemos reconocer su firma; y en una, la





iglesia de Lid, en Södermanland, él mismo se dibuja arrodillado. Trabajó sobre todo en esta provincia y en las de Västmanland y Uppland.

En un estado avanzado de la construcción de las iglesias, las paredes y techos se recubrían con estuco fresco, como base para el trabajo del pintor. Su trabajo y el de los albañiles tenía que acom-



© Täby församling / Christina Dagberger (Suecia)

pasarse, pues no debían estucar más superficie de la que fueran capaces de pintar el maestro y los de su taller. Esta dificultad se compaginaba bien con la distribución de escenas por las distintas superficies de la iglesia, limitadas por los elementos arquitectónicos como columnas, nervaduras de las bóvedas, puertas o ventanas; y también por el mobiliario de la nave o del coro.



© Täby församling / Christina Dagberger (Suecia)

En una iglesia que se pintase completa (así, en la de Täby) podía haber 65 ó 66 escenas figurativas. Eran las mismas, en su mayor parte, que las del Antiguo y Nuevo Testamento grabadas con planchas de madera y publicadas como la *Biblia Pauperum* o *Biblia de los pobres*, en Alemania en torno a 1460. La originalidad de Albertus Pictor no provenía, pues, de la elección de los pasajes



© Täby församling / Christina Dagberger (Suecia)

de la *Biblia* que habían de servir como retablo a través del cual las clases populares pudiesen instruirse en la tradición cristiana. Su originalidad radicaba más bien en el estilo imaginativo con que desarrolló esos contenidos, así como en la presencia continuada de tipos y situaciones populares, que reflejaban la atención del pintor a su entorno más inmediato.



© Täby församling / Christina Dagberger (Suecia)

La figuración de Albertus Pictor es realista. Muestra su capacidad de pintar escenas de gran sublimidad en los temas de ese ciclo bíblico, pero combinándolo con otras escenas o con personajes de corte incluso burlón. Hay en los rostros y gestos de sus figuras rasgos que se asemejan a la pintura populista y fantástica de El Bosco. Sólo que la elongación de las figuras, el dibujo de líneas quebradas



© Täby församling / Christina Dagberger (Suecia)

para los pliegues de vestidos y cortinaje en sus escenas, más los motivos ornamentales, geométricos y sencillos de los fondos, lo emparentan todavía con la pintura y escultura del gótico tardío.

Los murales mejor conservados pueden visitarse en las iglesias de Floda (Södermanland), Mukla (Västmanland), Härkeberga, Täby, Härnevi, Alumunge y Odensala (Uppland).



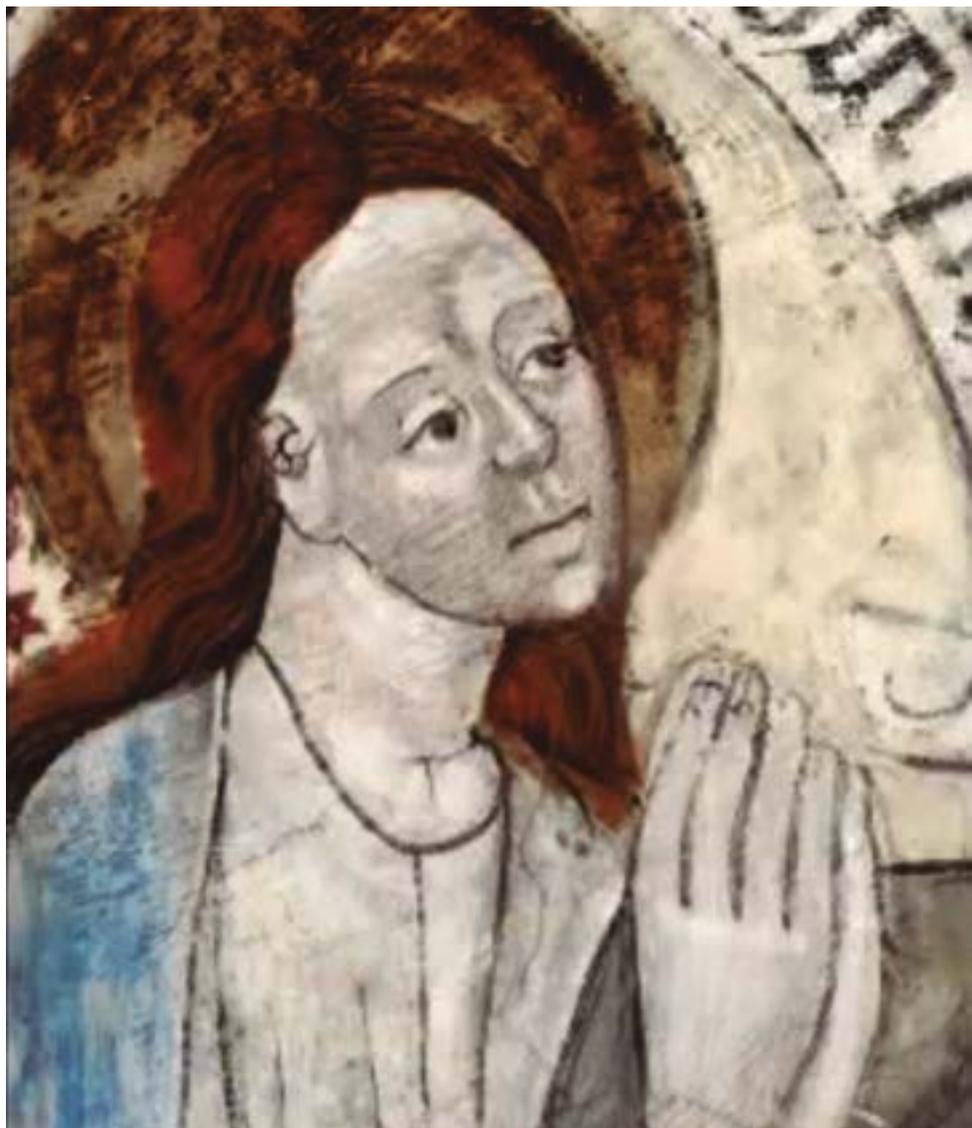
© Svenska kyrkan Enköping / Ida Bjurström (Suecia)

Las ilustraciones en este volumen provienen de la iglesia de Täby, cerca de Estocolmo, y la de Härkeberga, en Uppland. Hemos de agradecer a sendas parroquias la cesión de las fotografías para esta edición; y en particular a sus encargadas de comunicación, Christina Dagberger e Ida Bjurström, que tan amable como eficazmente han resuelto el envío del material que hemos empleado.



© Svenska kyrkan Enköping / Ida Bjurström (Suecia)

Las particularidad de la pintura al fresco obligaba a los pintores a trabajar durante los veranos, de manera que habían de buscar otros oficios para el invierno (lo mismo, pues, que Ingmar Bergman tratándose del cine y el teatro). Albertus Pictor era conocido también como Albrekt Pärstickare, porque realizaba diseños textiles y bordados de pedrería para los ornamentos litúrgicos, du-



© Svenska kyrkan Enköping / Ida Bjurström (Succia)

rante el invierno. Resultado de este oficio invernal del pintor fue, por ejemplo, la casulla de la catedral de Uppsala. En el Statens Historiska Museum de Estocolmo se conservan numerosas piezas del arte textil de Albertus. En sus dibujos con hilo y piedras preciosas es reconocible un estilo similar al de su pintura.



© Svenska kyrkan Enköping / Ida Bjurström (Suecia)

Parece que Albert tenía también facultades musicales, pues se conoce su actividad como organista en la iglesia de San Nicolás, en Estocolmo, durante el último año de su vida.

Era, pues, un artista multifacético y tan destacado en su época, seguramente, como lo fue Ingmar Bergman en la suya.

Albertus Pictor

La muerte juega al ajedrez
y otras escenas medievales



Ingmar Bergman
Albertus Pictor y *El séptimo sello*

Cuando era niño, a veces se me permitía acompañar a mi padre cuando viajaba por ahí, para predicar en las pequeñas iglesias de pueblo, en los alrededores de Estocolmo. Eran unas jornadas festivas, que hacíamos en bicicleta a través de los campos en primavera. Mi padre me iba explicando los nombres de las flores, los árboles y los pájaros. Pasábamos el día juntos, sin que nada del mundo agobiante alrededor de nosotros nos alterase.

Para un chaval, claro, el sermón era una cosa de mayores. Mientras padre predicaba desde allá lejos, en el púlpito, yo me fijaba en el misterioso mundo de las arcadas inferiores de la iglesia, sus gruesos muros, el olor a eternidad, la coloreada luz del sol luciendo por encima de esa extraña vegetación de las pinturas medievales y las figuras dibujadas en el techo y las paredes.

Ahí estaba todo lo que la imaginación de uno podía desear: ángeles, santos, dragones, profetas, demonios, seres humanos. Había unos animales terroríficos: serpientes en el paraíso, la burra de Balaam, la ballena de Jonás, el águila de la Revelación... Y todo esto rodeado por un paisaje celeste, terrenal e infernal de una be-



© Täby församling / Christina Dagberger (Succia)

lleza extraña, pero al mismo tiempo familiar. En un tronco estaba sentada la Muerte, jugando al ajedrez con un cruzado. Colgando de una rama de un árbol había un hombre desnudo con los ojos abiertos, mientras debajo se erguía la Muerte, segándolo con gran contento de su corazón. A través de unas suaves colinas, la Muerte conducía la danza final hacia las tierras oscuras.

Pero en el otro arco la Virgen María andaba por un rosal, atendiendo los pasos vacilantes de su Hijo, con unas manos que eran las de una mujer campesina. Su rostro era grave, y alas de pájaros revoloteaban alrededor de su cabeza.

Los pintores medievales habían retratado todo aquello con gran ternura, destreza y alegría. A mí me conmovía de una manera espontánea y atractiva, y aquel mundo se hizo tan real para mí como la vida cotidiana con mi padre, mi madre y mis hermanos y hermanas.

Por otra parte, también me defendía contra el drama, tenuamente sentido, que tenía lugar en la pintura de la crucifixión, en el coro. Me aturdí pensar en aquella crueldad y sufrimiento extremos. No fue sino hasta mucho tiempo después cuando la fe y la duda se convirtieron en mis compañeros habituales.

Ha sido fácil y provechoso para mí dar forma a estas experiencias de la infancia. Me he visto forzado a expresar el dilema de nuestros días.

Mi intención ha sido pintar de modo semejante a como lo hacía el pintor medieval de iglesias, con el mismo interés objetivo, con la misma ternura y alegría. Mis personajes ríen, lloran, aúllan, temen, hablan, contestan, juegan, sufren, preguntan y preguntan. Su terror es la peste, el Día del Juicio, la estrella llamada Ajenjo. Nuestros miedos son de otro género, pero nuestras palabras son las mismas.

Nuestra pregunta permanece.

Presentación de Ingmar Bergman antes de la proyección de *El séptimo sello* ante un público no sueco. Impresa en *Arts*, abril de 1958; y reimp. en Birgitta Steene (ed.), *Focus on the Seventh Seal*, 1972.